

Y tú, hijo mío, en tanto
 A Dios cantarás loores,
 Dejando correr mi llanto;
 Que no podrán ¡ay! tu canto
 Interrumpir mis clamores.

Mas con la muerte vendrá
 La dulce, anhelada calma,
 Que el pecho presiente ya;
 Y huyendo este mundo, irá
 A unirse á la tuya mi alma.

ANTONIO LARRAÑAGA.

A mi primer amor.

¡Qué dulces son los placeres
 Que causa el amor primero;
 Y qué gozo tan sincero
 Se disfruta al palpar!

De venturas rodeados
 Y de risas é inocencia,
 Purísima complacencia
 Nos hace el amor gozar.

¿Te acuerdas, Ángela mía,
 Cuando al salir de la infancia,
 Me prometiste constancia
 Y te dí mi corazón?

Tu voz dulce fué más grata
 Á mis oídos, que cuando
 Entre rosales vagando
 Fragante el aira sopló.

La alegre calma brillaba
En esa frente divina,
Cual la estrella vespertina
En el firmamento azul:

Y la sonrisa en tus labios
Aparecía dichosa,
Cual brota encarnada rosa
Del fresco y tierno capuz.

¡Oh mujer apacible y deliciosa,
Modelo de virtud y de ternura,
Fresca azucena, tierna y candorosa,
Mi consuelo en las horas de amargura!
Te idolatré; mas mi pasión fogosa
Huyó veloz al ver otra hermosura:
Te abandoné insensato, y los dolores
Siguiéron mis frenéticos amores.

Buscaba yo inocencia
Y encontré falsedades;
Desprecié las beldades
Y me torné á tu amor,

Como se torna el rio,
Que inunda la pradera,
Al cauce, y acelera
Su corriente veloz.

Volví, Angela bella, volví, cariñosa
Tu voz generosa mi error perdonó:
Tus brazos divinos mi cuerpo estrecharon
Y un beso de fuego tu rostro abrazó.
Y cándida y pura de mi confiaste,
Feliz me tornaste, yo mia te ví.
Gocé tus encantos, carísima joven;
Mujer deliciosa, ¿por qué te perdí?

Dulce angel, que poseias
Mi amor tierno y cariñoso,
Mi consuelo:
Quita el tédio de mis dias,
Y dame el grato reposo
Porque anhelo.

Vuélveme la dulce calma
Porque suspira mi alma
Dolorosa.
Y gozaré en tu semblante
Tu mirada radiante
Venturosa.

Flor que recreas el suelo
Con tu candor y belleza
Peregrina.
Brillante estrella del cielo,
Mas bella que la pureza
Matutina.

Tu amor para mi el primero
 Le dió á mi pecho sincero
 Sus primicias:
 ¿Por qué rehusas ahora
 Al que rendido te adora,
 Tus caricias?

JOSE MARIA LOZANO.

Desengaño.

Loco de amor y de esperanzas lleno,
 Ciego corrí tras la ilusión que un día
 Sentí brotar de mi anhelante seno
 Y arrebatár mi ardiente fantasía.

Era ver asomar por el Oriente
 La luz hermosa que el zafir colora,
 Cuando al salir el sol baña su frente
 De resplandores la radiante aurora:

Era la tarde del ardiente Mayo,
 Ver ese cielo rico de colores,
 Y el sol hermoso en lánguido desmayo
 Arrojar sus postreros resplandores.

Contemplar en la cándida mañana
 De Abril florido, en silencioso prado,
 Una flor hermosísima y lozana
 Que dá al aura su aroma regalado:

Escuchar la dulcísima armonía,
Música celestial que á los oídos
Vierte á torrentes suave melodía
Y regala tiernísimos sonidos:

Era extasiarse contemplando el cielo
Al través de cristales encantados:
Era elevarse del mezquino suelo
Á esa región de mundos estrellados:

Soñar en un hermoso paraíso,
Vivir en un edén de ricas flores;
Pasar la vida en perezoso hechizo
En brazos del placer y los amores.

¡Y todo era ilusión! ¡todo mentira!
Vino la realidad con mano ruda,
Y al triste corazón que así delira
Mostró inclemente la verdad desnuda.

Perdió ese sol su resplandor fecundo,
Perdió ese cielo su inefable encanto,
Y volvíme á encontrar en este mundo
Solo con mi dolor y mi quebranto.

Torné los ojos á la selva umbría,
Fijélos en el prado y en sus flores,
Y si algo su hermosura me decía,
No era ya de placeres y de amores.

Era que la ilusión se había perdido
Como se pierde en la aura vagarosa,
Del moribundo el postrimer gemido,
Íntimo adios de su ansia congojosa.

Perdió la vida las hermosas galas
Que le vistió la ardiente fantasía,
Y triste el corazón, plegó las alas,
Y de amor y entusiasmo no latía.

Pasad, huid, pintadas ilusiones,
En mi ardorosa juventud nacidas;
Pasad y no volved blancas visiones,
Tan blancas ¡ay! pero también mentidas.

Pasad, sueños, pasad; mirad mi frente
Rugada y abatida, y que en mis ojos
Ni una lágrima queda que elemento
Calme del corazón tantos enojos.

No atormentéis con vuestra cruel memoria
Estas horas de pena y agonía:
Murió la luz que os revestía de gloria;
Era la luz de la esperanza mía.

Luz que mis pasos vacilante guiaba
Y allá á lo lejos fulguraba pura;
Un porvenir hermoso me pintaba,
Y era sólo mentira esa pintura.

¡Una mujer! visión encantadora,
Aérea figura que forjó la mente,
Bella como la luz con que la aurora
Brilla al salir por el rosado Oriente;

Yo te amé sí, te amé como se ama,
Al ángel tutelar que nos asiste,
Como amo al sol, cuya sagrada llama
De hermosa luz al universo viste.

Así vestiste tú mi fantasía,
Y sentí que atrevido el pensamiento,
En estrecha prisión se revolvió,
De loca gloria y de ambición sediento.

Volcánica pasión ardió en la mente,
Brotó la inspiración, y en mi locura
Lauros soñé con que adornar tu frente,
Lauros de gloria inmarcesible y pura.

Era ¡infeliz! que en la ilusión creyendo,
Imágenes hermosas me pintaba,
Y ansia de gloria el corazón sintiendo
Á sus sueños de gloria se entregaba.

Hoy de ese afán que fecundó mi vida
No quedan más que míseros despojos;
Sólo ha dejado la ilusión perdida
Vacío en el corazón, llanto en los ojos.

Te dí, mujer, mi corazón ardiente,
De santo amor y de esperanzas lleno,
Yo le puse á tus piés humildemente:
Tú le arrojaste sin piedad al cieno.

Pobre dádiva! es cierto; mas no hallaba
Otra mejor, porque otra no tenía;
Con mi pobreza y mi ambición luchaba,
Mi ambición y pobreza te ofrecía.

Si soñé alguna vez con los palacios,
Si ambicioné tener riqueza y galas;
Si vagó por espléndidos espacios
Loca la mente en relucientes alas;

Si el porvenir magnífico y la vida
Miré sembrada de pintadas flores,
Era que el alma loca y atrevida,
De amor ansiosa, deliraba amores;

Pasó, pasó ese sueño. . . vino horrenda
Á oprimirme cruel la triste duda;
Después al despertar cayó esa venda,
Y ví, palpé la realidad desnuda.

¿Qué queda ya del mundo en que vivía?
Del mundo que forjara en mis antojos?
Tristeza y opresión en la alma mía. . .
Vacío en el corazón, llanto en los ojos.

FERNANDO OROZCO.

LA TRISTEZA.

Palpé la realidad y odié la vida.
Espronceda.

Alma deidad, dulcísima tristeza,
Única compañera de mi vida,
Ven y consueta el ánimo aflijida,
Dulce tristeza, ven.

Al ver en tu semblante la sonrisa
Amarga del dolor, cesa mi duelo;
Ven á mis brazos, diosa del consuelo,
Ven á mis brazos, ven.

Al reclinar mi sien contra tu pecho;
Mi agitación continúa desaparece,
Tu sosegado aliento me adormece;
Y late con quietud mi corazón.

El lúgubre compás de tus canciones
Esparce sobre mí, dulce beleño,
Y entre tus brazos entregado al sueño,
Olvido mi aficción.

¿En dónde hallar placeres ni reposo.
Si ya del mundo conocí el engaño,
Si he visto por mi daño
Que todo es falsedad, todo ilusión?.....

Bajo las flores que en el prado lucen
Se arrastra la culebra ponzoñosa;
Dentro el mórbido seno de la hermosa
Se oculta la perfidia, la traición.

Predica la virtud el sacerdote
E hipócrita sus leyes él quebranta,
Y amistad invocando sacrosanta,
Vende un hombre el secreto que arrancó.

Proclama libertad el poderoso
Para cargar al pueblo de cadenas;
Y el rico vé con frialdad las penas
Del mendigo que implora su favor.

¿Adónde, adónde hallar por todo el mundo
Esa felicidad que el hombre sueña,
Cuando ciego desdeña
La virtud, el amor y la amistad?....

¿Cómo poder vivir entre esa turba
Que buscando la dicha la desprecia,
Entre esa turba criminal y necia
Que ha llenado mi vida de pesar?

Dulce tristeza, si en tus yertos brazos
Se pasara mi vida,
Y el alma con tu sueño adormecida
Otro mundo encontrara al despertar;

Pasara más dichoso mi existencia
Que buscando afanoso la ventura,
Para gozar momentos de dulzura
Que se pagan con siglos de penar!

¡Ah! no te apartes, ven; contra tu seno
Estrecha el seno mío;
Con tus caricias calma el desvarío
Que sin cesar agita mi razón.

Dulce sueño me dá, y en tu regazo,
Seré una vez feliz, que adormecido,
Del pensamiento borrará el olvido
Las huellas del placer y del dolor.

Arrulla con tu canto melancólico
Al alma triste, de sufrir cansada;
Apague el frío de tu mano helada
El fuego en que arde mi abrasada sien.

Ven, y en tu seno verteré en silencio
Mi inagotable llanto;
Ven á calmar piadosa mi quebranto;
Dulce tristeza, ven.

PANTALEON TOVAR.

EN EL CIELO.

Á MI MADRE.

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

Pasó el terrible noto,
Volvió la primavera,
El verde viste el soto,
El bosque y la pradera.

Volvió á su talle esbelto
La flor que se escondía;
Tan sólo tú no has vuelto,
Ni vuelves, ¡madre mía!

Volvieron los festivos
Jilgueros inocentes;
Cantando alegres, vivos,
A orillas de las fuentes.

Volvió el favonio suelto
Y libre, cual solía;
Tan sólo tú no has vuelto,
Ni vuelves, ¡madre mía!

Volvieron los calores
Y el sol en el Estío,
Con rayos brilladores
Quemando el lomerío.

Volvió aquilón revuelto
Rugiendo, cual rugía;
Tan sólo tú no has vuelto,
Ni vuelves, ¡madre mía!

Las nubes borrascosas
La tierra refrescaron,
Las frutas olorosas
De Otoño, regresaron.

En clara luz envuelto
Volvió á mirarse el día;
Tan sólo tú no has vuelto,
Ni vuelves, ¡madre mía!

Volvió el Invierno crudo;
Y viéronse tostadas
Por su hálito sañudo
Las plantas deshojadas.

Volvió á batir resuelto
 El noto su ala impía;
Tan sólo tú no has vuelto
Ni vuelves, ¡madre mía!

Tú vives circundada
 De luz con ténue velo,
 Y escuchas, arrobada,
 Los cánticos del cielo.

De tí la dura suerte
 Sepáranos sombría;
 Empero allá han de verte
 Tus hijos, ¡MADRE MÍA!

México, Febrero 24 de 1875.

GUILLERMO PRIETO.

AMOR DE VIEJO.

A mi querido amigo
 FRANCISCO SOSA.

ROMANCILLO.

Como una colcha
 Que abriga el cuerpo,
 Sin fatigarnos
 En el invierno,
 De poco costo,
 De mucho peso,
 De color firme
 Para el mal tiempo,
 Así es, muchacha,
 Ni más ni menos,
Eso que llaman
Amor de viejo.

Como una copa
 De Jerez seco
 Que se nos brinda
 Tras el puchero,
 Y entona briosa
 Mientes y nervios
 Y nos dispone
 Grata al contento,
 Sin aturdirnos,
 Ni enloquecernos,
 Y que mil veces
 Ordena un médico
 Que siempre busca
 Sanos efectos,
 Así es, muchacha,
 Ni más ni menos,
Eso que llaman
Amor de viejo.

Como butaca
 De holgado asiento
 En que se tiende
 Cómodo el cuerpo,
 Y en que mecidos
 Con vaivén lento
 Nos entregamos
 Á dulces sueños,

Medio en letargo,
 Medio despiertos,
 Viendo á la tierra,
 Los cielos viendo
 Siempre apacibles,
 Siempre contentos,
 Así es, muchacha,
 Ni más ni menos,
Eso que llaman
Amor de viejo.

Dicen que gustan
 Botines nuevos,
 Más se prefiere
 Calzado viejo;
 Este fué siempre
 De aquel consuelo;
 Son ricos vinos
 Los más añejos:
 Hay muchas coplas
 ¿Cuántos Homeros?
 Hay mil pinturas
 En grandes lienzos;
 Pero el artista
 De génio y estro,
 En Rafael busca
 Divos modelos. . .

El sol es chocho,
 Item los cielos,
 La verdad tiene
 Siglos sin cuento,
 Y chitón, boca,
 Porque blasfemo. . . .
 Más tú que tienes
 Tan gran talento,
 Tan lindos ojos
 Y erguido cuerpo,
 Oye. . . . no dudes,
 Te canto el credo;
 Deja que griten
 Cien mil polluelos.
 Y abre, muchacha,
 Tu ardiente pecho
 Á eso que llaman
 Amor de viejo.

MANUEL DIAZ MIRON.

La Cruz Rustica.

¿Por qué fué concedida luz al
 miserable y vida á aquellos que
 están en amargura de ánimo?

[*Job. cap. III.*]

I.

Solitaria, cual yo. . . . cual yo, olvidada!
 Signo de fé que dejan en la nada,
 ó signo de expiación!
 donde quiera á tus piés llevas la muerte:
 yo la llevo también—es nuestra suerte!
 aquí, en el corazón!

Ambos en esta senda nos hallamos!
 ¡Ay de los tristes que al pasar buscamos
 la paz, la eterna luz!
 Diciendo estás al hombre su destino:
 llevar la cruz del mal en su camino;
 caer bajo una cruz!

Triste es la flor que entre tus piedras crece:
fruto de muerte que al brotar perece,
sin comprender por qué!

Creación que el viento sobre el polvo arroja,
¿lleva, también, la muerte en cada hoja?

La muerte está á su pié.

Cuán triste y cuán sublime es tu lenguaje,
término misterioso de este viaje
hasta una eternidad!

Tú, que al confín estás de esta existencia,
dí, qué hay mas allá? Sueño ó demencia?
mentira ó realidad?

.....

¿Qué te dicen las sombras pavorosas
y las notas del aura misteriosas,
y el pájaro, al pasar?

¿Qué los suspiros del dormido lago
y de las brisas el murmullo vago,
y el ancho y ronco mar?

Tal vez te dicen que la humana vida
es un eco, una sombra, ola perdida,
perfume de una flor:

que al hombre sin ventura, cada hora
una esperanza, una ilusión devora,
dejándole un dolor.

El sol que hoy te alumbró, la aurora ufana
que ayer te saludó, vendrán mañana. . . .
vendrán, sí, como ayer.

El hombre, empero, herido de tristeza,
doblará sobre el polvo su cabeza
para jamás volver!

Las piedras que á tus piés arroja el hombre
viven más que su fama y su renombre
en tu rústico altar.

Ellas descansan á tu sombra escasa:
el hombre llega, se arrodilla y pasa. . . .
se abisma en este mar!

.....

II.

Es el otoño: de su pompa ahora
el arbol se desnuda y atesora
las hojas á su pié. . . .

Así también, del arbol de la vida
una ilusión tras otra desprendida
rodar, el hombre vé.

Entre las grietas de las piedras crecen
pálidas yerbas que jamás florecen,
sin jugo, sin olor.

Así del corazón en las heridas
crecen, con llanto y sangre humedecidas,
las plantas del dolor.

Ayl en los labios de natura espira
el cántico de amor: todo respira

tristeza sin igual

Así la vida de sus sueños vuelve
y en un sudario fúnebre se envuelve
con ansia ya mortal . . .

.....

El rio va hácia el mar: la nube al cielo,
y la onda azul, en amoroso anhelo,

las playas á subir:

el viento á suspirar en la cañada:
el pájaro á cantar en la enramada
el hombre va á morir!

El hombre sólo, en la creación perdido,
corre, ó vaga, á la orilla del olvido,
sin saber donde va.

Hoja de un arbol que al caer suspira;
flor que, al abrirse, sobre el polvo espira,
qué busca? adónde irá?

Misera humanidad! Sigues doquiera
un fantasma, una sombra, una quimera
que nunca alcanzarás.

Detrás de tí no habrá mas que vacío
delante, duda, tédio, desvarío
reposo y bien, jamás!

.....

JOSE MARIA ROA BARCENA.

EN LA SENTIDA MUERTE

DE LA

Srita. Guadalupe de Rivera.

De mi balcón cimbrando los cristales,
A mi oído las brisas orientales,
Cuando amanece ya,
Traen el eco del suspiro humano,
Que ha resonado en el verjel lejano,
Donde mi cuna está.

En aquel suelo del Edén trasunto,
Donde brillan en plácido conjunto,
Con perenne arbol,
El hondo valle y la feraz montaña,
Cabe el nardo gentil la dulce caña,
El agua, el aire, el sol;

En la mañana de la dulce vida,
De pájaros y céfiros querida,
Dobla una flor la sien.
Mustia y sin vida está. Su muerte llora
Con rocío de lágrimas, la aurora
Y la tarde también.

¿Secóla en sus ardores el verano?
¿De oculta pena roedor gusano
Su caliz carcomió?
¿Valles más frescos, más alzados montes
Divisando y más claros horizontes
Por ellos suspiró?

Cuando en el Occidente Venus arde
A su tumba la brisa de la tarde
Lleve y repita allí
El sordo trueno que en señal de luto,
De amigo corazón, tierno tributo
A su memoria dí!

WENCESLAO ALPUCHE.

Al Suplicio de Morelos.

¿Qué es el cadalso, cuyo sólo nombre
Terror infunde al corazón más fuerte?
Es del perverso ignominiosa muerte;
Seguro dique á la maldad del hombre.

Paz y quietud la sociedad desea,
Y sus inmensos bienes asegura
Cuando del criminal la sangre impura
Sobre el cadalso fúnebre gotea.

Mas si á los héroes de inmortal memoria
Sobre él furioso el déspota presenta,
No es el cadalso, no, del héroe afrenta;
Es el templo y el trono de su gloria.

De verdugos cercado así fallece
Tu vengador ¡oh patria! el gran Morelos;

Mas voló del cadalso hasta los cielos,
Y en el orbe su gloria resplandece.

Tú, eras Morelos, la terrible espada
Que Anáhuac levantó contra el tirano,
Gozóse al verte el suelo mexicano,
Y tembló la opresión amedrantada.

Tú eras de libertad el sopro ardiente
Que disipar la servidumbre pudo,
Pero obstinado el español sañudo
Alzar te vió la aterradora frente.

Y un patíbulo atroz te preparaba
Su mano con mortal desasosiego,
Creyendo así extinguir el sacro fuego,
Que la naciente libertad brotaba.

Tú, ageno de temor, le combatiste:
Coronó tus esfuerzos la victoria;
¡Pero con tanto afán, con tanta gloria
La infamia de tres siglos sacudiste?

Raidas fueron tus sagradas manos
Que por la patria amada combatían.
Raidas sin piedad, sangre vertían,
Que no sació el rencor de los tiranos.

Tu sangre en el cadalso derramada
El premio fué de tus gloriosos hechos;

Mas no el suplicio abate heróicos pechos;
Tu sangre con furor será vengada.

No en vano resonó doliente grito
Que lanzaste al morir, grito terrible,
Que del fiero español aborrecible
Hasta el nombre feroz dejó proscrito.

Aquel grito postrero de agonía
Mirad, nos dice, de mi sangre el lago;
Y despertó la patria, y á su amago
Se desplomó su horrenda tiranía.

José Joaquín Pesado.

— — —
LAS CUMBRES DE ACULCINGO.
— — —

Desciende de la excelsa cordillera
Al valle profundísimo el camino,
Trozando bosques de laurel y pino
Que revisten sus cumbres y ladera.

Baña de luces la inflamada esfera
El uno y otro monte convecino,
Y el arroyo que baja cristalino,
Y el pintoresco pueblo y la pradera.

Y prosigue la senda dilatada
Entre las aguas y arboleda umbría,
Que llenan de frescura la cañada;

Y al fin de la calzada y la alquería
Descúbrese la villa celebrada,
Mansión feliz de la adorada mía. H

NUEVA ESPERANZA.
— — —

Por la mano de Dios me fuiste dada
Como rico tesoro, en feliz día;
Mi juventud llenaste de alegría,
Dulce prenda de amor nunca olvidada.

Hoy que gozas, al cielo trasladada,
Del premio que tu vida merecía,
¿Te esquivarás acaso, esposa mía,
De quien fuiste en la tierra tan amada?

No, que tu excelso espíritu descende
Del alto empíreo con callado vuelo,
Y piadoso me asiste y me defiende.

Siente mi corazón blando consuelo,
Cuando pensando en tí, fácil entiende,
Que es mi destierro aquí, mi patria el cielo.

ANDRES QUINTANA ROO.

COMPOSICION

LEIDA EN LA APERTURA DE LA CÁTEDRA DE
DERECHO TEÓRICO-PRÁCTICO DE MÉXICO.

.... Fuit haec sapientia quondam
Publica privatis secernere, sacra profanis...
Oppida molliri, leges incidere ligno.
Sic honor et nomen divinis vatibus atque
Carminibus venit....

Horat. Art. Poet.

Cuando igual con los tigres y leones
Por ásperas montañas discurría
Feroz el hombre, á maquina instinto
Su razón como esclava sometida.

¿Quién revivió en su espíritu la antorcha
Que con su luz le descubrió propicia
Los dones que las leyes reservaban
A su fraterna unión y social vida?

Fué la voz penetrante, irresistible,
Con que habló á sus sentidos la poesía,
Nudosos troncos y peñascos duros
Fácil moviendo á su encantada vista.

Entonces de los muros protectores
Se alzó el abrigo al són de dulce lira;
Nació la sociedad, y el hombre en ella
El horror olvidó de sus guaridas.

Con la fecunda esteva el almo seno
A la tierra industrioso solicita,
Y de dorados frutos coronadas
Al punto ve sus útiles fatigas.

Las ingeniosas artes en mil formas
A la inerte materia luego animan,
Y en alas del comercio se difunden
Por el orbe las nuevas maravillas.

¡Cuán frágiles, si en ellas no imprimiese
El sello augusto de sanción divina,
El sagrado carácter que aterrada
Reverencia y acata la malicia!

A violento despojo en vano anhela
Con brutal fuerza ó seductora intriga:
Igual la ley al débil é ignorante
Su luz ó su poder les comunica.

Mas como en ordenados escuadrones,
Cuyo valor aumenta la pericia,
De los Estados la común defensa,
Y el reposo común se funda y cifra;

Así en cuerpos ilustres la custodia
De privados derechos firme estriba,
Y á tan altos deberes su importancia
Y honor debe la noble abogacia.

Bajo sus alas tutelares halla
Escudo á la inocencia su justicia,
Y el malvado opresor tiembla aterrado,
Cuando de su elocuencia el rayo vibra.

Triunfos gloriosos que en su archivo eterno
La vividora fama fiel registra,
Sin que consuma su feliz memoria
Del audaz tiempo la roedora lima.

Así indelebles los divinos nombres
De Tulio y de Demóstenes aun brillan,
Y brillarán mientras el justo aprecio
A la virtud y ciencia no se extinga.

¡Oh, jóvenes amables, que á su ejemplo
Seguís la senda que á la gloria guía!
Venid: á vuestro anhelo abre la patria
Puras fuentes de próspera doctrina.

Venid; ya se revelan los misterios
Que del pueblo mantienen la armonía;
Y sus pasiones desarmadas muestran
El poder de la ley á ellas sumisas.

Vereis cuál las diversas potestades
Del Estado á un fin único conspiran,
Y el artificio que en unión concorde
En su balanza fiel las equilibra.

Une al rumor de públicos debates
Reglas sagradas é inviolables dicta,
Sin que el ardor de la contienda turbe
Á la razón su claridad tranquila.

Depositaria augusta, otra á los pueblos
La soberana voluntad intima,
Y sus destinos con acierto rige,
En límites precisos contenida.

Otra más circumspecta, los derechos
Y deberes del súbdito investiga
Desde elevado escaño, donde á todos
De la impasible ley la norma aplica.

Su voz sonó; mas antes del consejo
De profesor profundo fué instruida,
Que del error las nieblas disipando,
Á la oculta verdad abrió las vías.

¡Ministerio sublime! ¡cuántas prendas
De sólida instrucción virtud purísima
En tus immaculados sacerdotes
Deben verse asociadas y reunidas!

No de mi humilde canto el debil tono,
Hoy las dará enzalzadas ni descritas;
Que tan difícil y encumbrado empeño
Pide numen mayor, más docta lira.

A tí, sabia academia, en grandes obras,
Más que en palabras estudiadas, rica,
Á tí alabanzas de memoria eterna
En concierto uniforme son debidas.

Este noble concurso te las rinde,
Como oblación que al mérito dedica;
Y tus tareas que á la patria ilustran,
Aplaude agradecido, absorto admira.

J. M. Rodriguez y Cos.

LA JUVENTUD PERDIDA.

Próximo á las orillas del sepulcro,
Las páginas recorro de mi vida,
Y entre un grupo adorable
De ancianos hoy, y niños en mi infancia,
Vengo á llorar *la juventud perdida*.

¡Mas no es mi llanto el llanto vergonzoso;
Del viejo desreglado, que á sus solas,
Al quitarse el postizo mentiroso
Frente á límpido espejo,
Contempla con pavora,
Recordando de un tiempo su hermosura
Cuán execrable y hórrido es un viejo!